

EDUCAR ES ELEGIR LA VIDA

Nota: Los textos que van en color son responsabilidad del editor.

Este mensaje, que parte de una realidad argentina muy concreta, puede –y debe– ser adaptado a la realidad de España, México y Colombia, lugares donde también se edita el libro *Queridos educadores*, además de en Argentina.

Crear colectivamente una realidad mejor

Hace exactamente un año, iniciaba mi mensaje a las comunidades educativas hablando de un momento crítico y decisivo en la vida de nuestro pueblo. Muchas cosas han pasado desde entonces: sufrimiento, desconcierto, indignación, pero también mucho poner el hombro por parte de tantos hombres y mujeres que se brindaron al prójimo sin justificarse en la indiferencia o en el afán de "salvarse" de otros. Como balance, nos encontramos con la convicción de que no tenemos que esperar ningún "salvador", ninguna propuesta "mágica" que vaya a sacarnos adelante o a hacernos cumplir con nuestro "verdadero destino". No hay "verdadero destino", no hay magia. Lo que hay es un pueblo con su historia repleta de interrogantes y dudas, con sus instituciones apenas sosteniéndose, con sus valores puestos entre signos de pregunta, con las herramientas mínimas como para sostener un corto plazo. Cosas demasiado "pesadas" como para confiárselas a un carismático o a un técnico. Cosas que solo mediante una acción colectiva de creación histórica pueden dar lugar a un rumbo más venturoso. Y no creo equivocarme si intuyo que la tarea de ustedes como educadores, va a tener que "hacer punta" en este desafío. Crear colectivamente una realidad mejor, con los límites y posibilidades de la historia, es un acto de esperanza. No de certezas, ni de meras apuestas: ni destino ni azar. Exige creencias y virtudes. Poner en juego todos los recursos, más un "plus" imponderable que le da su dramatismo.

Esperanza y creatividad

La reflexión de este año también versa sobre la esperanza, pero muy en particular sobre un componente esencial de su dimensión activa: la creatividad. Porque si estamos en un momento de creación histórica y colectiva, nuestra tarea como educadores ya no puede limitarse a "seguir haciendo lo de siempre", ni siquiera a "resistir" ante una realidad sumamente adversa: se trata de crear, de comenzar a poner los ladrillos para un nuevo edificio en medio de la historia; es decir, ubicados en un presente que tiene un pasado y –eso deseamos– también un futuro.

1. Utopía y creación histórica

La historia nunca está "terminada"

Para nosotros, hablar de "creación" tiene una inmediata connotación creyente. La fe en Dios Creador nos dice que la historia de los hombres no es un vacío sin orillas: tiene un inicio y tiene también una dirección. El Dios que creó "el cielo y la tierra" es el mismo que hizo una Promesa a su pueblo, y su poder absoluto es la garantía de la eficacia de su Amor. La fe en la creación, de este modo es soporte de la esperanza. La historia humana, nuestra historia, la historia de cada uno de nosotros, de nuestras familias, de nuestras comunidades, la historia concreta que construimos día a día en nuestras escuelas, nunca está "terminada", nunca agota sus posibilidades, sino que siempre puede abrirse a lo nuevo, a lo que hasta ahora no se había tenido en cuenta. A lo que parecía imposible. Porque esa historia forma parte de una creación que tiene sus raíces en el Poder y el Amor de Dios.

Esperanza más allá del pesimismo y optimismo

Una vez más, conviene aclarar que no se trata de una especie de compulsión entre pesimismo y optimismo. Estamos hablando de la esperanza, y la esperanza no se siente cómoda con ninguna de esas dos opciones. Vamos a centrarnos en la creatividad como característica de una esperanza activa. ¿En qué sentido podemos ser creativos, creadores, nosotros los seres humanos? No lo será en el sentido de "crear de la nada" como Dios, obviamente.

Creatividad, entre la novedad y la continuidad

Nuestra capacidad de crear es bastante más humilde y acotada puesto que es un don de Dios que, ante todo, debemos recibir. Nosotros, a la hora de ejercer nuestra creatividad, debemos aprender a movernos dentro de la tensión entre la novedad y la continuidad. Es decir debemos dar lugar a lo nuevo a partir de lo ya conocido. Para la creatividad humana, no hay ni "creación de la nada" ni "idéntica repetición de lo mismo". Actuar creativamente implica hacerse seriamente cargo de lo que hay, en toda su densidad, y encontrar el camino por el cual a partir de allí se manifieste algo nuevo.

San Agustín: la historia humana como lugar de discernimiento

En este punto, podemos volver a convocar, como lo hicimos ya el año pasado, a uno de los más importantes maestros de la fe: san Agustín. En su obra *La Ciudad de Dios*, este Padre de la Iglesia reflexionaba sobre el sentido de la historia desde la perspectiva de la salvación escatológica realizada en Cristo. La inminente caída del Imperio Romano anunciaba una profunda novedad histórica: el fin de una época y el incierto comienzo de otra. Y Agustín se proponía comprender los designios de Dios para iluminar a la Iglesia confiada a su ministerio. Ya hemos expuesto los elementos centrales de esta obra en el mensaje del año pasado. En última instancia, nos remitíamos a la historia humana como lugar del discernimiento entre las ofertas de la gracia, orientadas hacia la plena realización del hombre, la sociedad y la historia en la redención escatológica, y las tentaciones del pecado, pretendiendo construir un destino oponiéndose a la dinámica divina de salvación.

Sentido de la utopía: crítica de la realidad y búsqueda de nuevos caminos

Pero hay otras dimensiones de este pensamiento agustiniano que pueden orientarnos en la búsqueda de una creatividad histórica. Para aprovechar su enseñanza, es preciso preguntarnos antes sobre el sentido de la utopía.

Una forma de esperanza en una concreta situación histórica

En primer lugar, las utopías son frutos de la imaginación, la proyección hacia el futuro de una constelación de deseos y aspiraciones. La utopía toma su fuerza de dos elementos: por un lado, la disconformidad, la insatisfacción o el malestar que genera la realidad actual; por el otro, la inquebrantable convicción de que otro mundo es posible. De ahí su fuerza movilizadora. Lejos de ser un mero consuelo fantaseado, una alienación imaginaria, la utopía es una forma que la esperanza toma en una concreta situación histórica.

La creencia de que el mundo es perfectible y de que la persona humana tiene recursos para alcanzar una vida más plena alimenta toda construcción utópica. Pero dicha creencia va de la mano con una búsqueda concreta de mediaciones para que ese ideal sea realizable. Porque si bien el término "utopía" literalmente remite a algo que está "en ningún lugar", algo que no existe de un modo localizable, no por eso apunta a una completa alienación respecto de la realidad histórica. Por el contrario, se plantea como un desarrollo posible, aunque por el momento imaginado. Anotemos este punto: algo que no existe aún, algo nuevo, pero hacia lo cual hay que dirigirse a partir de lo que hay. De ese modo, todas las utopías incluyen una descripción de una sociedad ideal, pero también un análisis de los mecanismos o estrategias que la podrían hacer posible. Diríamos que es una proyección hacia el futuro que tiende a volver al presente buscando sus caminos de posibilidad, en este orden: primero, el ideal, delineado vívidamente, luego, ciertas mediaciones que hipotéticamente lo harían viable.

Negación de los aspectos no deseados de la realidad actual

Pero además, en su "ida y vuelta" a partir del presente, se apoya fundamentalmente en la negación de los aspectos no deseados de la realidad actual. Brota del rechazo (no visceral sino inteligente) de una situación considerada como mala, injusta, deshumanizadora, alienante, etc. En ese sentido, hay que señalar que la utopía propone lo nuevo... pero sin liberarse nunca de lo actual. Perfila la expectativa de la novedad desde la percepción actual de lo que sería deseable si pudiéramos liberarnos de los factores que nos oprimen, de las tendencias que nos impiden acceder a algo superior. Por dos lados distintos, entonces, vemos la indisoluble ligazón entre lo futuro deseado y lo presente soportado. La utopía no es pura fantasía: también es crítica de la realidad y búsqueda de nuevos caminos.

Dos límites: convertirla en un un deseo imposible y posible autoritarismo

En ese rechazo de lo actual en pos de otro mundo posible, articulado como un salto al futuro que debe después hallar sus caminos para hacerse viable, tiene dos serios límites: primero, cierta cualidad "loca", propia de su carácter fantástico o imaginario que, al poner el acento en esa dimensión y no en los aspectos pragmáticos de su construcción, puede convertirla en un mero sueño, un deseo imposible. Algo de eso resuena en cierto uso actual, "realista", del término. El segundo límite: en su rechazo de lo actual y deseo de instaurar algo

nuevo, puede recaer en un autoritarismo más feroz e intransigente que aquello que se quería superar. ¿Cuántos ideales utópicos no han dado lugar, en la historia de la humanidad, a todo tipo de injusticias, intolerancias, persecuciones, atropellos y dictaduras de diversos signos?

Pues bien: justamente son estos dos límites del pensamiento utópico los que han provocado su descrédito en la actualidad; ya sea por un pretendido realismo que se ata a "lo posible", entendiendo eso posible como el solo juego de las fuerzas dominantes descartando la capacidad humana de crear realidad a partir de una aspiración ética; ya sea por el hartazgo ante las promesas de ciertos mundos nuevos que, en el último siglo, solo han traído más sufrimiento a los pueblos.

Claves para ubicar la relación entre novedad y continuidad

Y aquí podemos volver a leer *La Ciudad de Dios*. La utopía, tal como la conocemos, es una construcción típicamente moderna (si bien hunde sus raíces en los movimientos milenaristas que atravesaron la segunda mitad de la Edad Media). Pero san Agustín, al plantear su esquema de las "dos ciudades" (la ciudad de Dios, regida por el amor, y la ciudad terrena, por el egoísmo) inextricablemente yuxtapuestas en la historia secular, nos ofrece algunas claves para ubicar la relación entre novedad y continuidad, que es justamente el punto crítico del pensamiento utópico y la clave de toda creatividad histórica.

Posibilidad de otra historia construida desde otros valores e ideales

En efecto: la Ciudad de Dios es, en primer lugar, una crítica a la concepción que sacralizaba el poder político y el *statu quo*. Todo imperio de la antigüedad se apoyaba en este tipo de creencia. La religión formaba parte esencial de toda la construcción simbólica e imaginaria que sostenía la sociedad desde un poder sacralizado. Y esto no era solo cuestión de los "paganos": una vez que el cristianismo fue adoptado como religión del Imperio Romano, se fue conformando una "teología oficial" que sostenía esa realidad política como si fuera ya el Reino de Dios consumado en la tierra.

Justamente a ese tipo de lectura teológica de una realidad histórica se oponía Agustín con su obra. Al mostrar las semillas de corrupción en la Roma imperial, estaba rompiendo toda identificación entre Reino de Cristo y reino de este mundo. Y al presentar la Ciudad de Dios como una realidad presente en la historia, pero de un modo entremezclado con la Ciudad terrena y solo "separable" en el Juicio final, daba lugar a la posibilidad de otra historia posible, vivida y construida desde otros valores y otros ideales. Si en la "teología oficial" la historia era el lugar exclusivo y excluyente del Poder autorreferenciado, en la *Ciudad de Dios* se constituye en espacio para una Libertad que acoge el don de la salvación y el proyecto divino de una humanidad y un mundo trasfigurados. Proyecto que será consumado en la escatología, es cierto, pero que ya en la historia puede ir gestando nuevas realidades, derribando falsos determinismos, abriendo una y otra vez el horizonte de la esperanza y de la creatividad a partir de un "plus" de sentido, de una promesa que siempre está invitando a seguir adelante.

Posibilidad de un mundo más humano

También podemos asumir el momento "utópico" de su crítica a los modelos sacralizados, y vincularlo al realismo con que el obispo de Hipona consideraba

su pertenencia activa a la Iglesia. Porque otro aspecto de nuestro santo es su comprometida y concreta lucha por la construcción de una Iglesia fuerte, unida, centrada en la experiencia de fe de la cual él mismo era un testigo privilegiado, pero también realizándose de un modo histórico y terreno en una comunidad concreta. Su firme posición ante los donatistas (una corriente que pretendía una Iglesia de los "puros", sin lugar para los pecadores) ponía de manifiesto la convicción realista de que la espera de un cielo nuevo y una nueva tierra no debe dejarnos de brazos cruzados ante los desafíos del presente, en pos de una "pureza" o "no contaminación con lo terreno", sino que –por el contrario– debe darnos una orientación y una energía propia para "amasar" el barro de lo cotidiano, el ambiguo barro de que está hecha la historia humana, para plasmar un mundo más digno de las hijas e hijos de Dios. No el cielo en la tierra: solo un mundo más humano, en espera de la acción escatológica de Dios.

Dos polos: proyectar utopías y hacerse cargo de lo que hay

La creatividad histórica, entonces, desde una perspectiva cristiana, se rige por la parábola del trigo y la cizaña. Es necesario proyectar utopías, y al mismo tiempo es necesario hacerse cargo de lo que hay. No existe el "borrón y cuenta nueva". Ser creativos no es tirar por la borda todo lo que constituye la realidad actual, por más limitada, corrupta y desgastada que esa se presente.

No hay futuro sin presente y sin pasado: la creatividad implica también memoria y discernimiento, ecuanimidad y justicia, prudencia y fortaleza. Si vamos a tratar de aportar algo a nuestra Patria desde el lugar de la educación, no podemos perder de vista ambos polos: el utópico y el realista, porque ambos son parte integrante de la creatividad histórica. Debemos animarnos a lo nuevo, pero sin tirar a la basura lo que otros (e incluso nosotros mismos) han construido con esfuerzo.

2. Un creativo en la historia argentina

Dejarnos enseñar por la historia

Tratemos de ver esto de un modo un poco más concreto. ¿Por qué no hacer el intento, ya que estamos en tema, de dejarnos enseñar por la historia? Pensando en los tiempos fundacionales de nuestra patria, me salió al encuentro un personaje al cual, por lo general, no se le reconoce la relevancia que ha tenido en la Argentina naciente. Me refiero a Manuel Belgrano.

Belgrano y la verdadera creatividad: continuidad realista y novedad magnánima

¿Qué se puede decir de él, además de su participación en la Primera Junta y la creación de la bandera? No fue un hombre "exitoso", al menos en los términos en que nos hemos acostumbrado a usar esa palabra en estos tiempos de pragmatismo y necesidad. Sus campañas militares carecieron del brillo y profundidad que le ganaron a José de San Martín el título de "Libertador". Carecía de la pluma de escritor y propagandista de un Sarmiento. Como político, siempre estuvo relegado a una segunda línea. Tampoco su vida privada fue demasiado llamativa: su salud dejaba bastante que desear, no pudo casarse con la mujer que amaba y murió a los cincuenta años, en la pobreza. Sin embargo, Sarmiento dijo de él que había sido *"uno de los poquísimos que no tiene que pedir perdón a la posteridad y a la severa crítica"*

de la historia. Su muerte oscura es todavía un garante de que fue ciudadano íntegro, patriota intachable".

De muy pocos "exitosos" de nuestra historia nacional podría decirse lo mismo... Es que, además de sus incontrastables virtudes personales y su profunda fe cristiana, Belgrano fue un hombre que, en el momento justo, supo encontrar el dinamismo, empuje y equilibrio que definen la verdadera creatividad: la difícil pero fecunda conjunción de continuidad realista y novedad magnánima. Su influencia en los albores de nuestra identidad nacional es muchísimo mayor de lo que se supone; y por ello puede volver a ponerse de pie para mostrarnos, en este tiempo de incertidumbre pero también de desafío, "cómo se hace" para poner cimientos duraderos en una tarea de creación histórica.

3. Un creativo revolucionario

"Echar las semillas que algún día fuesen capaces de dar frutos"

Belgrano vivió en una época de utopías. Hijo de italiano y criolla se había dedicado a estudiar Leyes en algunas de las mejores universidades de la metrópoli: Salamanca, Madrid y Valladolid. En la convulsionada Europa de fin de siglo, el joven Belgrano no solo había aprendido la disciplina que había ido a estudiar, sino que se había interesado por el torbellino de ideas nacientes que estaban configurando una nueva época. En particular, la economía política. Firmemente convencido de las más avanzadas ideas de progreso de su tiempo, no dudó en formar en su interior un proyecto: poner todo esto al servicio de una gran causa en su patria natal. Así, en 1794 fue nombrado primer Secretario Perpetuo del Real Consulado de Industria y Comercio del Virreinato del Río de la Plata, algo similar a lo que hoy sería una cartera de Hacienda. No era algo común que la España fuertemente centralista de los Borbones ubicara en puesto tan importante a un hijo de criolla y extranjero. Pero en Buenos Aires escaseaban hombres con una formación semejante.

El flamante Secretario no tardó en confrontarse con la realidad americana, al intentar cumplir su tarea de promover la producción y el comercio con un espíritu realmente transformador. Pronto se dio cuenta de que los brillantes ideales de derechos del hombre y el progreso chocaban con las mentalidades conservadoras de la administración colonial y los sectores acomodados de Buenos Aires, comerciantes que se beneficiaban del monopolio español y el contrabando:

"...Conocí que nada se haría en favor de las provincias por unos hombres que por sus intereses particulares posponían el del común. Sin embargo, ya que por las obligaciones de mi empleo podía hablar y escribir sobre tan útiles materias, me propuse, al menos, echar las semillas que algún día fuesen capaces de dar frutos, ya porque algunos estimulados del mismo espíritu se dedicasen a su cultivo, ya porque el orden mismo de las cosas las hiciese germinar", diría en su breve Autobiografía.

"Fundar escuelas es sembrar en las almas"

¿Cuáles eran estas semillas? "Fundar escuelas es sembrar en las almas", dirá nuestro prócer. El espíritu revolucionario de Belgrano descubrió rápidamente que lo nuevo, lo que podría llegar a ser capaz de modificar una realidad

estática y esclerotizada, vendría por el lado de la educación. De este modo, promovió por todos los medios la creación de escuelas básicas y especializadas.

Las *Memorias* anuales del Consulado, el periódico *Telégrafo Mercantil* y, más tarde, el *Correo de Comercio*, serían algunos de los medios a través de los cuales buscará "sembrar" esas "semillas". Su prédica insistirá en la necesidad de la enseñanza técnica, diseñando proyectos de escuelas de agricultura, comercio, arquitectura, matemáticas, dibujo. De todas ellas, solo pudieron concretarse las de Náutica y de Dibujo.

Mucho antes que otros Belgrano comprendió que la educación y aun la capacitación en las disciplinas y técnicas modernas eran una importante clave para el desarrollo de su patria. Si sus proyectos no pudieron desarrollarse, fue porque –como él mismo escribiría años después– *"todos, o escollaban en el gobierno de Buenos Aires o en la Corte, o entre los mismos comerciantes, individuos que componían este cuerpo, para quienes no había más razón, ni más justicia, ni más utilidad ni más necesidad que su interés mercantil; cualquiera cosa que chocara con él, encontraba un veto, sin que hubiese recurso para atajarlo"*. Pero no por eso abandonó su empeño: por uno u otro lado se las arreglaba para seguir difundiendo y poniendo en práctica sus ideas. Porque además de idealista, el creador de la bandera era sumamente perseverante, y no se dejaba vencer fácilmente, a pesar de su carácter moderado y conciliador.

"Un pueblo culto nunca puede ser esclavizado"

Además de lo que hacía al desarrollo económico, Belgrano consideraba que *"un pueblo culto nunca puede ser esclavizado"*. La dignidad de la persona humana ocupaba en su mentalidad, al mismo tiempo cristiana e ilustrada, el lugar central. De allí que bregara también por la fundación de escuelas en la ciudad y en el campo, donde se brindara a todos los niños las primeras letras, junto a conocimientos básicos de matemáticas, el catecismo, y algunos oficios útiles para ganarse la vida.

"Esos miserables ranchos donde se ven multitud de criaturas, que llegan a la edad de la pubertad, sin haberse ejercitado en otra cosa que la ociosidad, deben ser atendidos hasta el último punto", escribía en 1796. *"Uno de los principales medios que se deben adoptar a este fin son las escuelas gratuitas, a donde puedan los infelices mandar a sus hijos, sin tener que pagar cosa alguna por su instrucción, allí se les podrían dictar buenas máximas, e inspirarles amor al trabajo, pues en un pueblo donde reine la ociosidad, decae el comercio y toma su lugar la miseria"*.

No otro era el espíritu de su insistencia (en el Reglamento de la Escuela de Geometría, Arquitectura, Perspectiva y Dibujo, escrito por su propia mano) en los derechos igualitarios para españoles, criollo e indios y en la provisión de cuatro vacantes para huérfanos, "los más desposeídos de nuestra tierra". En la misma línea, Belgrano da una fundamental importancia a la educación de las chicas, en una época en que todavía estaba muy lejos el reconocimiento práctico de condiciones y derechos igualitarios para varones y mujeres.

Un verdadero creador en acción

Vemos así a un verdadero creador en acción, alguien que, lejos de considerarse satisfecho por la posición alcanzada y hacerla jugar a su favor, consagró lo mejor de sus energías a tratar de plasmar una sociedad nueva, distinta, mejor para todos. Abierto a las ideas más avanzadas de su tiempo y – al mismo tiempo– atento a la necesidad de que nadie quedara afuera de ese nuevo mundo que iba tomando forma. Pero algo más: no se trataba de un idealista que se desentendía de las dificultades prácticas de sus proyectos. Para todos ellos buscaba prever el modo de financiamiento, los recursos materiales y humanos que lo harían posible.

En este punto no dudó en aportar él mismo elementos que serían necesarios para sostener un esfuerzo educativo serio. Poco después de la Revolución de 1810 donó 165 volúmenes para la biblioteca pública de Buenos Aires (hoy Biblioteca Nacional). Asimismo, es sabido que destinó el premio de 40.000 pesos que le otorgaron por su victoria en la batalla de Salta a construir cuatro escuelas en Tarija, Salta, Tucumán y Santiago del Estero. Él mismo redacta el Reglamento para esas escuelas, en el cual mostraba el modo en que esos recursos deberían ser usados para sostener a los maestros, proveer de útiles y libros a los niños de padres pobres, etc. Un detalle llamativo: sostenía que el maestro debía ser considerado como "Padre de la Patria" y debería tener asiento en el Cabildo local. Otro detalle, ya no tan llamativo: esas escuelas no llegaron a construirse nunca.

4. "Lo que ves no es todo lo que hay"

Creatividad que brota de la esperanza

Antes de que parezca que el Arzobispo intenta convertirse indebidamente en profesor de historia, quisiera rescatar de lo visto algunas enseñanzas acerca de la creatividad. Más allá de las profundas diferencias de época, hay mucho de permanente, de vigente, en la actitud de Belgrano de tratar de mirar siempre más allá, de no quedarse con lo conocido, con lo bueno o malo del presente. Esa actitud "utópica", en el sentido más valioso de la palabra, es sin duda uno de los componentes esenciales de la creatividad. Parafraseando (e invirtiendo) una expresión popular, podríamos decir que la creatividad que brota de la esperanza afirma que "lo que ves... no es todo lo que hay".

Ser creativos: afirmar que siempre hay algún horizonte abierto

De esta manera el desafío de ser creativos nos exige sospechar de todo discurso, pensamiento, afirmación o propuesta que se presente como "el único camino posible". Siempre hay más. Siempre hay otra posibilidad. Quizá más ardua, quizá más comprometida, quizá más resistida por aquellos que están muy instalados y para los cuales las cosas marchan muy bien...

Los argentinos ya hemos padecido ese tipo de discurso durante la última década, con todo el peso y el brillo de la academia y la ciencia, con la suprema sabiduría de los técnicos y los títulos. Promesas vanas de los "gurúes" de turno, y ya hemos visto dónde desembocaron. Hoy todo el mundo parece saber "qué habría que haber hecho en vez de lo que se hizo". Y todo el mundo parece olvidar que "aquello que se hizo" era presentado por los "popes" del

saber económico y los "formadores de opinión" de la comunicación como "el único camino posible". Ser creativos, en cambio, es afirmar que siempre hay algún horizonte abierto. Y no se trata solamente de un optimismo idiota que intentamos copiar de un prócer de hace dos siglos.

La creatividad abre nuevos horizontes y alternativas

La afirmación de que "lo que ves no es todo lo que hay" se deriva directamente de la fe en Cristo Resucitado, novedad definitiva, que declara provisoria e incompleta toda otra realización, novedad que mide la distancia entre lo actual y la manifestación del cielo nuevo y la nueva tierra. Distancia que solo salva la esperanza y su brazo activo: la creatividad que desmiente toda falsa consumación y abre nuevos horizontes y alternativas.

Nuestras escuelas, signos de que otro mundo... es posible

¿Qué decir, asimismo, de las "lápidas" que podemos poner sobre una persona –un alumno, un compañero– cuando la encasillamos, etiquetamos y empaquetamos debajo de un rótulo, una definición, un "concepto"? ¿Cuántas veces podemos cerrar los caminos de renovación y crecimiento de una persona o de una institución educativa, cuando declaramos resignadamente que "las cosas son así", "funcionan así", o que "con fulano no hay nada que hacer"?

De todas las instituciones posibles, justamente las escuelas animadas por la fe cristiana son aquellas que menos deberían resignarse y quedarse con lo "ya conocido". Nuestras escuelas están llamadas a ser signos reales, vivientes, de que "lo que ves no es todo lo que hay", que otro mundo, otro país, otra sociedad, otra escuela, otra familia es posible. Llamadas a ser instituciones donde se ensayen formas nuevas de relación, nuevos caminos de fraternidad, un nuevo respeto a lo inédito de cada ser humano, una mayor apertura y sinceridad, un ambiente laboral signado por la colaboración, la justicia y la valoración de cada uno, donde queden afuera relaciones de manipulación, competencia, manejos "por detrás", autoritarismos y favoritismos interesados.

Una escuela que es siempre sorpresa

Todo discurso cerrado, definitivo, encubre siempre muchos engaños; esconde lo que no debe ser visto. Trata de amordazar la verdad que siempre está abierta a lo auténticamente definitivo, lo cual no es nada de este mundo. Pensamos en una escuela abierta a lo nuevo, capaz de sorprenderse y ella misma aprender de todo y de todos. Una escuela arraigada en la verdad, que es siempre sorpresa. Escuela que es semilla, en el sentido en que lo decía Belgrano y, sobre todo, en el sentido de la palabra evangélica, de un mundo nuevo, transfigurado.

Decir siempre la verdad

Les hago una propuesta: en una sociedad donde la mentira, el encubrimiento y la hipocresía han hecho perder la confianza básica que permite el vínculo social, ¿qué novedad más revolucionaria que la verdad? Hablar con verdad, decir la verdad, exponer nuestros criterios, nuestros valores, nuestros pareceres. Si ya mismo nos prohibimos seguir con cualquier clase de mentira o disimulo, seremos también, como efecto sobreabundante, más responsables y hasta más caritativos. La mentira todo lo diluye, la verdad pone de manifiesto lo que hay en los corazones. Primera propuesta: digamos siempre la verdad en y

desde nuestras escuelas. Les aseguro que el cambio será notorio: algo nuevo se hará presente en medio de nuestra comunidad.

5. "Todo el hombre, todos los hombres"

Una educación para todos

Hay un criterio, verdaderamente evangélico, que es infalible para desenmascarar "pensamientos únicos" que cierran la posibilidad de la esperanza, e incluso falsas utopías que la desnaturalizan. Es el criterio de universalidad. "Todo el hombre y todos los hombres" era el principio de discernimiento que Pablo VI proponía con relación al verdadero desarrollo. La opción preferencial por los pobres del Episcopado latinoamericano no buscaba otra cosa: incluir a todas las personas, en la totalidad de sus dimensiones, en el proyecto de una sociedad mejor. Será por eso que nos suena tan "familiar" la insistencia de Manuel Belgrano acerca de una educación para todos, que contemplara particularmente a los más necesitados para garantizar una plena universalidad. En realidad, ¿puede ser deseable una sociedad que descarte a una cantidad grande o pequeña de sus miembros? Aun desde una posición egoísta, ¿cómo podré estar seguro de que no seré yo el próximo excluido?

Mirar qué pasa con el lado que no se tuvo en cuenta en los cálculos

Quizás algo de eso haya aprendido nuestra sociedad en el último año. "Siempre hubo pobres entre nosotros", pero en las últimas décadas fueron cayendo una a una las instituciones que intentaban garantizar para todos al menos la oportunidad de vivir una vida digna. El desempleo que aumentaba y aumentaba fue el signo más notorio. Durante mucho tiempo fue desapareciendo y devaluándose el trabajo, la seguridad social, fueron desarticulándose las economías provinciales... Hoy nos horrorizamos al ver que los chicos se mueren de desnutrición. Pero hace unos años, quienes estábamos incluidos en el mundo del consumo, ni soñábamos (ni queríamos soñar) con que, al mismo tiempo que algunos se convertían en ciudadanos del primer mundo, otros descendían a una especie de inframundo sin trabajo, sin sentido, sin esperanza, sin futuro, decretado "inviabile" o solo objeto de asistencia (siempre insuficiente) por un sistema injusto y sin corazón. Hasta que llegaron el "corralito" y el colapso, y ahí muchos argentinos descubrieron que la máquina infernal también venía por ellos, por los que "se venían salvando".

Si se acepta que "algunos sí y otros no", queda la puerta abierta para todas las aberraciones que vengan después. Y esto es, también, un punto central de la creatividad que buscamos. La capacidad de mirar siempre qué pasa con el lado que no se tuvo en cuenta en los cálculos. "Volver a mirar", a ver si no quedó nadie afuera, nadie olvidado. Por muchos motivos. Primero, porque en la lógica cristiana, todo hombre debe tener su lugar y cada uno es imprescindible. Segundo, porque una sociedad excluyente es, en realidad, una sociedad potencialmente enemiga de todos. Y tercero, porque aquel que fue olvidado no se va a resignar tan fácilmente. Si no pudo entrar por la puerta, tratará de hacerlo por la ventana. Resultado: la bella sociedad excluyente y amnésica tendrá que volverse más y más represiva, para evitar que los Lázarus que dejó afuera puedan meterse a "manotear algo" de la mesa de Epulón.

Apostar por la inclusión

Pues bien, una imprescindible misión de todo educador cristiano es apostar a la inclusión, trabajar por la inclusión. ¿No ha sido una práctica antiquísima de la Iglesia llevar la educación a los más olvidados? ¿No han sido creadas con ese objetivo muchas congregaciones y obras educativas? ¿Hemos sido siempre consecuentes con esta vocación de servicio e inclusión? ¿Qué vientos nos hicieron perder este norte evangélico? Porque la Iglesia también sueña con brindar educación gratuita a todos los que deseen recibir su servicio, especialmente los más pobres. Pero, ¿dónde nos deja eso a nosotros? Es obvio que las cosas no caen del cielo como el maná, y que en estos tiempos no se nos hace fácil sostener nuestras instituciones.

Por supuesto que el Estado tiene también su responsabilidad y su función, y debe garantizar de diversas maneras la educación gratuita y de calidad para todos, respetando el derecho a elegir que también tienen los pobres. Pero ahora me refiero más bien a una cuestión de mentalidad. La mentalidad con que llevamos adelante nuestros colegios, la mentalidad que transmitimos, la mentalidad con que tomamos determinaciones y opciones.

Educación universal e incluyente

Nuestras escuelas deben regirse por un criterio bien definido: el de la fraternidad solidaria. Y ese debe ser su sello distintivo en todas y cada una de sus dimensiones y actividades; y también, permítanme decirlo, el de cada uno de los maestros cristianos. De ningún modo su trabajo es una mera "mercancía". Ningún trabajo lo es, pero el de Ustedes por un título especial. Es un servicio a las personas, a los pequeños, personas que se ponen en sus manos para que ustedes los ayuden a llegar a ser lo que pueden ser. "Padres de la Patria", los llamaba Belgrano, y reclamaba para Ustedes un asiento en el Cabildo. ¡Ojalá todas nuestras instituciones educativas pudieran recompensar como corresponde a sus maestros! No solo económicamente: también en respeto, participación, reconocimiento. En lo económico, la realidad nos impone límites que no podemos negar. Pero todos: maestros, directivos, pastores, padres y madres, alumnos podemos ser signos de un mundo distinto donde cada uno sea reconocido, aceptado, incluido, dignificado, y no solo por su utilidad, sino por su valor intrínseco de ser humano, de hija o hijo de Dios. Llamados a ser creativos en este crítico momento de nuestra patria, tendremos que preguntarnos qué hacemos como Iglesia, como escuela, como maestros, para aportar a una mentalidad y una práctica verdaderamente incluyente y universal, y a una educación que brinde posibilidades no a algunos, sino a todos los que estén a nuestro alcance, a través de los diversos medios que tengamos.

La fraternidad solidaria

Una segunda propuesta: atrevámonos a jugarnos por entero por el valor cristiano de la fraternidad solidaria. No permitamos que la mentalidad individualista y competitiva tan arraigada en nuestra cultura ciudadana termine colonizando también nuestras escuelas. Animémonos a enseñar y hasta a exigir el desprendimiento, la generosidad, la primacía del bien común. La igualdad y el respeto a todos: extranjeros (de países limítrofes), pobres, indigentes. Combatamos desde nuestras escuelas toda forma de discriminación y de prejuicio. Aprendamos y enseñemos a dar incluso desde

los recursos escasos de nuestras instituciones y familias. Y que esto se manifieste en cada decisión, en cada palabra, en cada proyecto. De ese modo, vamos a estar poniendo un signo muy claro (y hasta polémico y conflictivo, si es necesario) de la sociedad distinta que queremos crear.

6. "De buenas intenciones está sembrado el camino del infierno"

Poner manos a la obra de un modo eficaz

Un tercer criterio para orientar nuestra creatividad. Una vez más, reconociéndolo en la acción del creador de la bandera nacional, el cual procuraba siempre asegurar los recursos y medios para la realización de sus proyectos. No basta con las intenciones, ni tampoco con las palabras. Es preciso poner manos a la obra, y de un modo eficaz. Es muy bonito hablar de solidaridad, de una sociedad distinta, teorizar sobre la escuela y la importancia de una educación actualizada, personalizada, con los pies en la tierra.

Hay toneladas de palabras sobre la sociedad de la información, sobre el conocimiento como principal capital del mundo actual, etcétera, etcétera. Pero "de buenas intenciones está sembrado el camino del infierno". Una verdadera creatividad no descuida, como ya vimos, los fines, los valores, el sentido. Pero tampoco deja de lado los aspectos concretos de implementación de los proyectos. La "técnica" sin "ética" es vacía y deshumanizante, un ciego guiando a otros ciegos, pero una postulación de los fines sin una adecuada consideración de los medios para alcanzarlos está condenada a convertirse en mera fantasía. La utopía, decíamos, así como tiene esa capacidad de movilizar situándose "adelante" y "afuera" de la realidad limitada y criticable, también, y por eso mismo, tiene un aspecto de "locura", de "alienación", en la medida que no desarrolle mediaciones para hacer de sus atractivas visiones, objetivos posibles.

Capacitación, responsabilidad y profesionalismo

Por ello, para enfrentar creativamente el momento actual, debemos desarrollar más y más nuestras capacidades, afinar nuestras herramientas, profundizar nuestros conocimientos. Reconstruir nuestro alicaído sistema educativo, desde el reducido o prominente lugar que nos haya tocado ocupar, implica capacitación, responsabilidad, profesionalismo. Nada se hace sin los recursos necesarios, y no solo los económicos, sino también los talentos humanos. La creatividad no es cosa de mediocres. Pero tampoco de "iluminados" o "genios": aunque siempre hacen falta los soñadores y los profetas, su palabra cae en el vacío sin constructores que conozcan su oficio.

Dinámica de diálogo y participación

La escuela que se juegue por responder a estos desafíos deberá entrar en una dinámica de diálogo y participación para resolver los nuevos problemas de modos nuevos, sabiendo que nadie tiene la suma del saber o de la inspiración, y que el aporte responsable y competente de cada uno es imprescindible. La exclusión socioeconómica, la crisis de sentido y valores y la labilización del vínculo social son una realidad que toca a todos, pero de un modo especial afecta a nuestros chicos y adolescentes. Se hace necesario buscar formas

eficaces de acompañarlos y fortalecerlos ante los riesgos que los acechan. Y no solo el SIDA o las drogas; también el individualismo, el consumismo frustrante, la falta de oportunidades, la tentación de la violencia y de la desesperanza, la pérdida de vínculos y horizontes, la limitación en la capacidad de amar.

¿Estamos preparados? ¿Contamos con equipos profesionales adecuados? ¿Salimos a buscar experiencias, saberes, propuestas, o tendemos a quedarnos con lo que ya sabemos, haya o no funcionado? ¿Estamos dispuestos a armar redes, con apertura generosa a lo diocesano? Si a una verdadera mística cristiana de la apertura a lo adveniente y de la solidaridad universal y concreta le sumamos una prudential y generosa administración de nuestros talentos humanos e institucionales, no contentándonos con lo que ya tenemos sino buscando perfeccionar más y más nuestras habilidades y capacidades, estaremos en condiciones de responder al momento actual con una auténtica actitud creativa.

Buscar lo mejor en nuestras escuelas

Y aquí va la tercera propuesta: no dudemos en buscar lo mejor en nuestras escuelas. Salgamos de cierta chatura, de cierto estilo de "lo atamos con alambre" que ha sido durante mucho tiempo un hábito en nuestras comunidades. Preocupémonos para que nuestros maestros, nuestros directivos, nuestros capellanes, nuestros administrativos, sean realmente buenos y serios en lo suyo. El espíritu es importante, pero también lo es la competencia profesional. No para caer en el mito de la "excelencia" en el sentido competitivo e insolidario en que a veces se presenta, sino para ofrecer a nuestra comunidad y a nuestra patria lo mejor de nosotros, poniendo en juego a fondo nuestros talentos.

7. Creatividad y tradición: "construir desde el lado sano"

No todo empieza con nosotros

La creatividad, que se nutre de la utopía, arraiga en la solidaridad y procura los medios más eficaces, puede sufrir todavía de una patología que la pervierte hasta convertirla en el peor de los males: el creer que todo empieza con nosotros, defecto que, como ya señalamos, degenera rápidamente en autoritarismo.

Testimonio de integridad y de respeto

Volvamos a 1810. Pocos meses después de la Revolución de Mayo, Belgrano es enviado en misión militar al Paraguay. Un año más tarde, sería puesto a cargo del Ejército del Norte con la misión de combatir los importantes focos realistas en el Alto Perú. Con triunfos y reveses, ocupará ese puesto hasta 1814, en el que lo reemplaza luego San Martín. Obviamente, no vamos a hacer aquí la crónica de las campañas militares del abogado puesto a comandar ejércitos, pero sí me gustaría llamarles la atención sobre un detalle que nos muestra la actitud del prócer y puede darnos pie para desarrollar nuestra última reflexión acerca de la creatividad. Ustedes sabrán que Belgrano era un jefe verdaderamente reconocido y querido por sus subordinados, pero que también,

en la tropa, circulaban sobre su persona algunos comentarios jocosos y socarrones: que era un mojigato, que era débil de carácter... Es verdad que, para aquellos soldados, un hijo de comerciantes acomodados, formado en los mejores centros de Buenos Aires y de España, dedicado siempre a los libros y las tareas intelectuales, tendría sin duda un aspecto más bien distante. Pero también es cierto que gran parte de esas críticas tenían que ver con su actitud moderada y, sobre todo, con sus estrictas prohibiciones en lo que se refería al trato con las mujeres, el consumo de alcohol, las peleas, los juegos de naipes y otros aspectos que hicieran a la disciplina de la tropa. Es que Belgrano consideraba que las campañas militares realizadas en nombre de la Revolución tenían que estar a la altura de los ideales que la animaban, ideales de dignidad del hombre, libertad y fraternidad, todo ello, además, fundamentado en las virtudes cristianas. Por eso, exigía de su tropa un verdadero testimonio de integridad y de respeto a las comunidades por donde pasaban.

Reconocer la identidad y valor del otro

Especialmente severo era con todo aquello que pudiera escandalizar las creencias religiosas de los pueblos del interior. En un bando a la tropa al entrar en el Alto Perú ordenaba:

"...Se respetarán los usos, costumbres y aún preocupaciones de los pueblos; el que se burlare de ellos con acciones, palabras y aún con gestos será pasado por las armas".

Además de sus propias convicciones religiosas, para él estaba en juego el significado de la Revolución y, en última instancia, de la nación que quería construir. En efecto, en una de sus cartas a San Martín, ya a cargo este último del Ejército del Norte, Belgrano escribía que

"...La guerra (en el Alto Perú) no solo la deberá hacer Ud. con las armas, sino con la opinión, afianzándose siempre en las virtudes naturales, cristianas y religiosas, pues los enemigos nos la han hecho llamándonos herejes, y solo por este medio han atraído a las gentes bárbaras a las armas, manifestándoles que atacábamos a la religión". (...) No debe dejarse llevar de opiniones exóticas, ni de hombres que no conocen el país que pisan".

No era ajeno a estas prevenciones el hecho de que jefes militares y civiles anteriores habían escandalizado seriamente a los habitantes de aquellos lugares con sus actitudes y su prédica anticatólica, típica de la mentalidad ilustrada de la Revolución Francesa. Por el contrario, Belgrano sabía que nada puede construirse sobre la destrucción indiscriminada de lo anterior, sino que debe partirse del reconocimiento de la identidad y valor del otro.

Creatividad entre novedad y continuidad

Y aquí es donde completamos nuestra perspectiva acerca de la creatividad como ubicada en la tensión entre novedad y continuidad. Si ser creativos tiene que ver con ser capaces de abrirse a lo nuevo, eso no significa descuidar el elemento de continuidad con lo anterior. Solo Dios crea de la nada, decíamos más arriba. Y así como no hay forma de curar a un enfermo si no nos apoyamos en lo que tiene de sano, del mismo modo no podemos crear algo nuevo en la historia si no es a partir de los materiales que la misma historia nos brinda.

Belgrano reconoció que la América unida y fuerte con la cual soñaba solo podía construirse sobre el respeto y la afirmación de las identidades de los pueblos. Si la creatividad no es capaz de asumir los aspectos vivos de lo real y presente, deviene rápidamente en imposición autoritaria, brutal reemplazo de una "verdad" por otra. ¿No será esa una de las claves de nuestra dificultad para llevar adelante una dinámica más positiva? Si siempre, para construir, tendemos a voltear y pisotear lo que otros han hecho antes, ¿cómo podremos fundar algo sólido? ¿Cómo podremos evitar sembrar nuevos odios que más tarde echen por tierra lo que nosotros hayamos podido hacer?

No olvidar las certezas muy dolorosamente aprendidas

Por eso, si como educadores queremos sembrar verdaderamente las semillas de una sociedad más justa, más libre y más fraterna, debemos aprender a reconocer los logros históricos de nuestros fundadores, de nuestros artistas, pensadores, políticos, educadores, pastores... Quizás ahora nos estemos dando cuenta de que en la época "de las vacas gordas" nos habíamos dejado deslumbrar por algunos "espejitos de colores", modas intelectuales y de las otras, y habíamos olvidado algunas certezas muy dolorosamente aprendidas por generaciones anteriores: el valor de la justicia social, la hospitalidad, la solidaridad entre las generaciones, el trabajo como dignificación de la persona, la familia como base de la sociedad...

Reflexionar sobre los aciertos y errores de nuestra realidad actual

Nuestras escuelas deberían ser un espacio donde nuestros chicos y jóvenes pudieran tomar contacto con la vitalidad de nuestra historia. No solo disfrazándose de vendedora de mazamorra en el acto del 25 de mayo, sino también aprendiendo a reflexionar sobre los aciertos y errores que configuraron nuestra realidad actual. Pero eso supone que, antes, todos nosotros, como educadores, hayamos podido realizar –juntos–, ese proceso. Más allá de las diversas opciones y formas de pensar, es preciso aprender a elaborar acuerdos básicos, compartidos –que no nivelen hacia abajo–, sobre los cuales poder seguir construyendo. Es la única forma de afirmar una identidad colectiva en la que todos puedan reconocerse.

Reconocer los saberes previos, expectativas y límites de nuestros chicos

Crear a partir de lo existente supone, también, ser capaces de reconocer las diferencias, los saberes previos, las expectativas e incluso los límites de nuestros chicos y sus familias. Sabemos que la educación no es, de ninguna manera, un proceso unidireccional. Pero, ¿actuamos en consecuencia? ¿Realmente estamos dispuestos a dejarnos enseñar, nosotros, maestros? ¿Somos capaces de hacernos cargo de una relación de la que todos podemos salir cambiados? ¿Creemos en nuestros alumnos, en las familias de nuestro barrio, en nuestra gente? La capacidad de "construir desde el lado sano" es, entonces, el cuarto y último criterio para una acción creativa que hoy quiero compartir con ustedes.

Proponer modelos de vida a nuestros alumnos

Y les hago la última propuesta: animémonos a proponer modelos de vida a nuestros alumnos. La cultura posmoderna, que todo lo diluye, ha declarado pasada de moda toda propuesta ética concreta. Presentar ejemplos valiosos de servicio, de lucha por la justicia, de compromiso por la comunidad, de santidad

y heroísmo, tiende a ser visto como una especie de "túnel del tiempo" inútil o pernicioso. Y sobre un territorio devastado ¿qué queda sino el instinto de supervivencia? Parafraseando una canción que sin duda ustedes conocerán y habrán cantado, "¿quién dijo que todo está perdido: muchos han ofrecido su corazón?" propongamos testimonios con la convicción de que esas ofrendas no han sido en vano. Y, ante la uniforme aplanadora del "todo es igual, nada es mejor", habremos puesto inocultables signos de que algo nuevo es posible.

8. Conclusión: cuatro principios y propuestas

Cuatro principios de discernimiento

Nuestra reflexión nos ha dejado cuatro enseñanzas acerca de la creatividad histórica que es preciso poner en juego en estos tiempos, cuatro principios de discernimiento:

- Mirar siempre más allá: "lo que ves no es todo lo que hay".
- Tener siempre en cuenta a "todo el hombre y todos los hombres".
- Buscar siempre los medios más adecuados y eficaces: "*de buenas intenciones está sembrado el camino del infierno*".
- "*Construir desde el lado sano*", rescatando los valores y realizaciones positivas.

Cuatro propuestas

Y, como una forma (¡no la única!) de ir poniendo en práctica lo anterior, cuatro propuestas:

- Decir siempre la verdad.
- Jugarnos por la fraternidad solidaria.
- Desarrollar siempre más nuestras capacidades.
- Proponer testimonios y modelos concretos de vida.

Creatividad y esperanza hacen crecer la vida

Como en el milagro de Jesús, nuestros panes y peces pueden multiplicarse (Mateo 14, 17-20).

Como en el ejemplo puesto por el Señor a sus discípulos, nuestra pequeña ofrenda tiene un máximo valor (Lucas 21, 1-4).

Como en la parábola, nuestras pequeñas semillas se convierten en árbol y cosecha (Mateo 13, 23. 31-32).

Todo ello desde la fuente viva de la Eucaristía, en la cual nuestro pan y nuestro vino se transfiguran para darnos Vida eterna. Se nos pide una tarea inmensa y difícil.

En la fe en el Resucitado, podremos enfrentarla con creatividad y esperanza, y ubicándonos siempre en el lugar de los sirvientes de aquella boda, sorprendidos colaboradores del primer signo de Jesús, que solo siguieron la consigna de una Mujer: "Hagan lo que él les diga" (Juan 2, 5).

Creatividad y esperanza hacen crecer la vida. Este año, en el que sintetizando todo esto queremos decir con fuerza: Educar es elegir la Vida, pidámosle a nuestra Madre con las palabras de Juan Pablo II en *Evangelium Vitae*:

*Oh María,
aurora del mundo nuevo,
Madre de los vivientes,
a Ti confiamos la causa de la vida:
mira, Madre, el número inmenso
de niños a quienes se impide nacer,
de pobres a quienes se hace difícil vivir,
de hombres y mujeres víctimas
de violencia inhumana,
de ancianos y enfermos muertos
a causa de la indiferencia
o de una presunta piedad.
Haz que quienes creen en tu Hijo
sepan anunciar con firmeza y amor
a los hombres de nuestro tiempo
el Evangelio de la vida.
Alcánzales la gracias de acogerlo
como don siempre nuevo,
la alegría de celebrarlo con gratitud
durante toda su existencia
y la valentía de testimoniarlo
con solícita constancia, para construir,
junto con todos los hombres de buena voluntad,
la civilización de la verdad y del amor,
para alabanza y gloria de Dios Creador
y amante de la vida.
Amén.*

En la Cuaresma del año del Señor de 2003
Jorge Mario Bergoglio, sj
Arzobispo de Buenos Aires

PROPUESTAS DE TRABAJO

TRABAJO PERSONAL

- 👁️ Leo personalmente y con atención el texto, aplicándolo siempre a la realidad en la que vivo como educador.
 - ✍️ Subrayo las ideas que me resultan sugerentes para la acción educativa.
 - ? Pongo un signo de interrogación en las frases que me cuestionan, que quiero aclarar, que no sé como llevarlas a la práctica...
 - ¡! Elijo tres frases subrayadas y señalo en el margen el número de orden.
 - 📌 Saco conclusiones y aplicaciones para la tarea como educador y para la acción de la comunidad educativa.
-

ENCUENTRO EN GRUPO

¿Cómo vivimos?

- Compartimos en grupo nuestro trabajo personal.
 - ¿Qué hemos descubierto?
 - ¿A qué conclusiones llegamos?

¿Qué podemos hacer?

- Concretamos líneas de acción.

	¿Qué se puede hacer	¿Cómo?
En el aula	- -	- -
En la comunidad educativa	- -	- -
